

EL FRACASO DE LA CONTRA- OFENSIVA INGLESA DE 1589

Hugo O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA

Capitán de Infantería de Marina

Introducción.

El objetivo de este trabajo es el de llamar la atención sobre un hecho histórico al que se ha dado poco relieve y que constituye la contrapartida o el desquite de la *Jornada de Inglaterra*.

Se trata de la expedición de Drake y Norris de 1589, que supuso un notabilísimo esfuerzo, mayor incluso en números absolutos al de la Armada española del 88 y mucho mayor en términos comparativos, si se tiene en cuenta la entidad de la potencia media que era la Inglaterra de la época. Por ello, su fracaso determinó un cambio radical en la estrategia inglesa, cosa que no ocurrió con el desastre español, ya que los proyectos de invasión de la isla se prolongaron por varios lustros.

En frase de Lynch: *la abortada contrarmada de Drake para la toma de Lisboa demostró que España, igual que Inglaterra, resultaba fundamentalmente inviolable por tierra y que se prometía más rentable la guerra náutica y colonial* (1).

Desarrollo.

En este trabajo sale a la luz un documento del Archivo de Simancas que, bajo el título de *Avisos de Inglaterra de 2 de agosto 1589* (2), engloba una serie de *noticias de última hora*, redactadas en forma de *flash* moderno y precursoras de un análisis detenido.

El autor permanece en el anonimato; sin embargo, no nos es difícil deducir que se trata de un agente de la corona de España, de un informador al estilo de la época, un *confidente*. El destinatario es el jefe de la red para asuntos de los países aglosajones: Alejandro Farnesio, duque de Parma.

La variedad de materias contenidas en el documento nos traslada tanto al Londres portuario, con sus comentarios y novedades, como a diversos aspectos de la compleja política isabelina:

(1) Lynch, J.: *España bajo los Austrias*. Barcelona, 1970.

(2) A. G. S. Estado 597. Fls. 50 y 51.

— *El rey de Marruecos no correspondía, como había prometido, con gente y vituallas, él se excusa que no le enviaron el dinero prometido.*

Una faceta concisa y completa de todo un frustrado programa de aislamiento del gran enemigo español.

— *Dos gentileshombres llamados Chidley y Polwell han a su costa propia armado ocho bajeles grandes y pequeños en los cuales van mil hombres, marineros y soldados, la capitana de 500 toneladas y van muy bien en orden salieron de Plimon a 25 de julio, su intento es ir al Perú en el mar del Sur a do Draque acometió el gran hurto tan señalado cuando trajo tanto oro.*

Qué irresistible atractivo debió representar la figura del pirata, ennoblecido y justificado, que hizo proliferar las expediciones de expolio, mitad privadas mitad oficiales, o al menos con la participación económica y de algún navío de la reina.

— *Después que Draque había llegado a Plimont habían enviado una pinaza tras los dichos, para hacerles volver, por servirse de ellos en la armada que ahora hacen.*

Por un momento parecía que la empresa comercial, debida a la iniciativa privada, tolerada y bendita, iba a poder ver realizado su sueño por los mares del Perú, pero surge como un imperativo inexcusable el superior interés de una acción de Estado.

— *El conde de Cumberland anda con dos naos y una pinaza en la costa de Bretaña haciendo el corsario.*

Si al pirata afortunado se le ennoblece, ¿qué alto destino no esperará al caballero dotado de cartas patentes?

— *Walsingan dijo que hacían cuenta que el rey de España no podrá en muchos años asaltar Inglaterra y que el Rey no osaría tentar otra vez, y así que pensaba que mientras él viviese no haría otra que molestarles por inteligencias en Escocia y en otras partes, para lo cual proveerán de manera que no les hará gran daño, y que ellos le inquietarían de modo en Portugal y darían tal empacho en el tráfico de Indias que mientras el Rey viviera no tendrán mucho de que temer considerado como ellos dicen que le son superiores de fuerzas por mar.*

Sin embargo, a pocas fechas de las noticias del desastre de la Invenible, el rey Prudente encargaba a Farnesio la elaboración de un nuevo plan de conquista, y la vieja estrategia de 1588 vuelve a resurgir varias veces, especialmente en 1596, en que se prepara la concentración de un gran ejército cerca de Calais para con una buena escuadra de galeras (sic) para escoltarlo, este ejército podría desembarcar en Inglaterra (3).

En otoño de 1597 Felipe II envió una flota de volumen similar a la primera Armada que con idéntica misión y en cooperación con tropas procedentes de Bretaña debía desembarcar en Falmouth y que constituía la más convincente demostración de la recuperación naval espa-

(3) Felipe II al archiduque Alberto, 31 diciembre 1596. *Lefevre Correspondance*, vol. IV, pág. 395.

ñola. Sin embargo, poco a poco las circunstancias fueron obligando a abandonar los respectivos planes en aras de una mejor defensa de las flotas de la Carrera de las Indias, verdaderamente vitales para la corona de España, en la cual los ingleses no cosecharon los triunfos que Drake había obtenido atacando los puntos débiles de la costa americana.

La segunda parte del documento es una relación testimonial de la reacción oficial y popular ante el conocimiento del desastre de la expedición del 88 y regreso de los expedicionarios, circunstancia que le brindó a la reina Isabel Tudor la oportunidad de pasar a la ofensiva, para la que en noviembre de 1588 comenzó los preparativos.

La Reina, hasta entonces tan cauta para ordenar cualquier ofensiva abierta contra España, dio su conformidad a un plan absurdo y precipitado, con mucho de negocio mercantil, en el que figuraba como uno de los socios capitalistas.

El pretexto político y propagandístico era el de poner en el trono portugués al pretendiente don Antonio, prior de Ocrato, singular personaje, hijo bastardo del infante don Luis de Portugal y de una judía llamada Violante Gómez, conocida por la *Pelicana*, a la sazón refugiado en Inglaterra, tras sus procesos de 1582 y 1583.

El subterfugio carecía de base jurídica, ya que el mejor derecho a suceder al último rey de Portugal, el romántico don Sebastián, tras la regencia de su tío abuelo el cardenal Enrique, correspondía a la católica majestad del rey Felipe II de España, cuya madre, la emperatriz, fue la hija mayor de don Manuel el Afortunado. El hecho de que hubiese tenido que hacer efectivos sus derechos por la fuerza de las armas no desvirtúa su legitimidad.

La gravedad de esta amenaza, no sólo contra el derecho de Felipe II al trono portugués, sino contra la seguridad de España misma, se desprende de las capitulaciones con la Reina y su consejo por las que don Antonio prometió en pago de la ayuda de la flota y ejército expedicionario ingleses, el tributo perpetuo de 300.000 ducados de oro al año y la entrega de 5.000.000 a los dos meses de la proyectada conquista.

Otros privilegios comerciales en Portugal y sus Indias también serían concedidos. Las sedes episcopales serían ocupadas por ingleses católicos, pero fieles al gobierno inglés y, lo que aún era más grave, aceptaba guarnecer los castillos y fortalezas con tropas inglesas mantenidas por él.

La aplicación de este tratado supondría para Portugal la enajenación de los ricos recursos y de su política internacional para convertirse en una dependencia militar y mercantil de Inglaterra, a cambio del dudoso privilegio de estar gobernados por un hombre descrito por Walsh como sombrío, apasionado y sensual, que no dudó en robar las joyas de la corona y apoderarse de los fondos recolectados para rescatar a los supervivientes de la cruzada de don Sebastián, que seguían prisioneros en Africa.

El mando naval de la expedición lo ostentaría Drake, mientras que la fuerza expedicionaria obedecería las órdenes de Ralph Norris. Ambos,

junto al Prior y a la Reina, formaban el cuarteto que financiaba la empresa.

El 13 de abril de 1589 salió de Plymouth la flota que entró en La Coruña al objeto de aprovisionar gratis a los barcos con el producto de un saqueo. La mayor preocupación de Felipe II era que si esta ciudad era tomada, Santiago sería probablemente saqueado y las reliquias del patrón de España profanadas.

Relata el hispanista Thomas Walsh el heroísmo del pueblo coruñés que hizo frente a todos los ataques. Los vecinos se apresuraron a adquirir armas y hasta las mujeres lucharon detrás de los hombres con piedras y agua hirviendo.

Don Antonio y sus aliados tuvieron que hacerse a la vela el 1 de mayo de 1589, haciendo rumbo a la costa portuguesa, tras saquear y quemar la pescadería y el monasterio de Santo Domingo.

El retraso de los ingleses en La Coruña dio tiempo al hombre de Felipe II en Portugal, al cardenal Alberto, para completar sus preparativos de defensa.

Tras el desembarco a varias millas de Lisboa, los ingleses tomaron la fortaleza de Peniche; sin embargo, los caballeros portugueses permanecieron fieles al Cardenal y las tropas invasoras, tras destruir y saquear algunos barcos de la Liga Hanseática fondeados en el Tajo, tuvieron que hacerse a la vela y regresar a Inglaterra (4).

Portugal no siguió a don Antonio, pese a ser el candidato nacional que aparentemente podría salvar la independencia. La masa del pueblo, y en especial la población urbana y las capas bajas del clero secular, no aceptaban de buen grado la dominación española. Sin embargo, Felipe II había llevado a cabo, escarmentado tal vez de su política intransigente en los Países Bajos, un inteligente uso del dinero. Cristóbal de Moura, especialista en asuntos portugueses, había logrado agrupar un partido hispanófilo. La nación necesitaba del tesoro americano, sus navíos servían con buenas ganancias a España. Además, un Portugal independiente sólo podría conservar su posición por medio de una alianza con los enemigos de España, protestantes ingleses y holandeses, o con los franceses calvinistas, y semejante alianza no lograría aglutinar un bloque nacional.

Ya antes de la ocupación, Felipe II había prometido respetar los derechos constitucionales portugueses. Nunca había pretendido sacar las cortes del reino ni que una asamblea extranjera legislara sobre asuntos portugueses. El cargo de virrey había de ser siempre para un portugués o para miembros de la familia real; los nombramientos administrativos, militares, navales y eclesiásticos quedaban exclusivamente reservados a naturales del país, no había fuerzas de ocupación y la defensa nacional estaba encomendada a tropas portuguesas, que combatieron duramente al pretendiente. Se habían tomado medidas para

(4) *Los soldados expedicionarios, incapaces de medirse con la infantería del Rey, tuvieron muchísimas bajas.* Aguado Bleye, P.: "Historia de España". Madrid, 1964.

suprimir las aduanas fronterizas y contra la implantación de los impuestos castellanos. Portugal no fue incorporado ni tratado como nación sometida. Un monarca del siglo XVI difícilmente habría podido conceder más a un país conquistado.

Portugal conservaba su administración y su personalidad aún con mayor realidad que los demás reinos de la corona española.

Por otra parte, el Rey no era un desconocido, ya que había fijado su residencia en Lisboa desde 1581 hasta 1583, siguiendo los consejos de Granvela.

Reembarcados y regresados a Plymouth los supervivientes, su derrotada presencia redundó en descrédito de Drake, que no volvió a la gracia de Isabel hasta 1594.

El documento habla por sí mismo:

Relación de un hombre confidente católico que partió de la corte de Inglaterra a 2 de agosto de 1589 y confirma por juramento que no dice cosa que el no la tenga por verdad.

Por relación de diversas personas, de las cuales se informó que se habían hallado en el armada algunos de ellos conocidos suyos entiende que se han muerto de 16.000 a 17.000 personas y de ellos cerca de 4.000 marineros, así, a la vuelta, no los había suficientes para gobernar los bajeles, y fue menester que los soldados que podían, ayudasen, y ellos mismos confiesan que si salieran galeras o bajeles de armada contra ellos que pocos bajeles volvieran a Inglaterra que la enfermedad no fue peste sino otra infección de hambre, necesidad y calores, y así no murió ningún oficial supremo que solamente el tesorero general del Armada, todo cayó sobre los soldados y marineros, de los soldados que sacaron de Holanda han escapado muy pocos.

Todavía dura la infección y mueren cada día los que han vuelto.

No perdieron más de hasta 12 ó 15 bajeles de toda su armada porque nunca encontraron bajeles de la armada de España. Una vez las nueve galeras. Don Antonio y Draques quedan malquistos en Inglaterra por este viaje. Las mujeres unidas de los marineros de Plimont exclamaron públicamente contra Draques y don Antonio cuando desembarcaron y de suerte que en fin fue menester pusiesen orden.

Draques está al presente en desgracia de la reina y su Consejo acusándole Noris que no hizo su deber ni lo que habían concertado y era que Draques había de subir por el río arriba hacia Lisboa como y cuando Noris marchaba por tierra y asaltar la ciudad por tierra y agua. Draque no vino y así fue menester que Noris se reiterase y, como Noris dice, por culpa de él no se tomó Lisboa.

Draque confiesa ser verdad tenerlo así concertado, mas que cuando quiso entrar en el río descubrió ciertos bajeles que le parecieron que serían de armada de España, y por no tenerlos a las espaldas, y los castillos después de entrado en el puerto quiso ir tras ellos y que estos bajeles eran de Ostlan.

H. O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA

En llegando Draques a Plimont envió a pedir a los del Consejo más gente y que quería volver, más no le fue concedido y así preparaban con mucha furia otra armada, con la cual saldrán 14 ó 15 bajeles de la reina y ellos quieren embarcar como ellos decían 8.000 hombres con marineros y todo. Va por cabeza Min Furbincer émulo del dicho Draque, buen marinero y mejor soldado que él.

Valsingan dijo que don Antonio había de volver con esta armada, la cual pretendía ir a las Terceras para tomar alguna de aquellas islas, y también a encontrar la flota de las Indias e impedir el tráfico de allá.

A primero de agosto salieron las comisiones para tomar los soldados y marineros por fuerza para servir en el viaje como allá se usa, y este hombre vio tomar algunos.

Después que Noris y Draque se retiraron de Lisboa fueron hacia las Terceras a do no pudieron tentar nada por falta de gente que se les moría en gran número cada día, y así de allí volvieron en Inglaterra.

Tras este fracaso, Inglaterra vuelve a la política de ofensiva pirática, ya que incluso el saqueo de Cádiz de 1596 revistió ese carácter.

En opinión del historiador Lynch la piratería es un signo de debilidad, no de fuerza.

Las acciones inglesas eran un tributo a la potencia superior de España, pues ésta poseía las colonias que Inglaterra sólo podía asaltar.

España siguió controlando la travesía de las Indias y la eficacia de las nuevas defensas quedó demostrada en 1595 cuando Hawkins y Draque, siguiendo la ruta tradicional, dirigían una nueva expedición al Caribe.

Los invasores fueron repelidos de Puerto Rico y Panamá y durante las operaciones ambos jefes perecieron.

Conclusión.

El ocaso de Drake supuso un cambio en el planteamiento estratégico inglés, quizá con el pequeño paréntesis antes citado del saqueo de Cádiz por Essex que, aunque planeado más ambiciosamente, acabó en un simple golpe de mano afortunado, demostrando una vez más la dificultad de un asentamiento duradero. Hasta la Guerra de Sucesión no conseguirían en Gibraltar lo que pretendieron en Cádiz.

La reconstrucción y mejora de las fortificaciones gaditanas permitió resistir con éxito nuevos ataques ingleses durante el siglo XVII. A la larga, la nueva fórmula, cuyo objetivo final hubiera debido ser la interrupción y colapso del comercio hispano-americano, resultaría también infructuosa y el monopolio pudo mantenerse prácticamente hasta el siglo XIX, en que una nueva política de subversión interna del imperio español por parte de Inglaterra conduciría a la desmembración del mismo y, con la independencia de las naciones, a una nueva política librecambista.

EL FRACASO DE LA CONTRAOFENSIVA INGLESA DE 1589

Tras los fracasos sucesivos de las armadas de Inglaterra, ésta aparece en los siglos XVI y XVII como un bastión infranqueable y la iniciativa ofensiva cambia de manos.

Tras el fracaso inglés de la conquista de Portugal, la península Ibérica, pese a su pluralidad de reinos y de aparatos administrativos, opone la fuerza suficiente para hacer desistir de cualquier intento conquistador.

Y más aún, el dilatado imperio de ambos mundos conserva su cohesión y lazos merced a una política defensiva que llevaría a lo que no sería aventurado denominar una verdadera victoria española en esa *Batalla del Atlántico*. Pero éste, no por menos sugestivo, no deja de ser otro tema...